

Reverencia á los Sacerdotes, y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio."

Esto escribía el señor D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada, convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

## XVII.

## Las leyes monásticas.

*Margil legislador.*

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San Lucas dice: Vended lo que teneis, y dádselo á los pobres: hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su muger y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.

"El Bautista observó en el desierto una vida de despredimiento, de pobreza y de perfección, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y sus discípulos.

"San Pablo el Anacoreta y San Antonio, buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la Baja Tebaida; San Pacomio apareció en la Alta Tebaida, y recibió de Dios la regla por la cual debía de dirigir á sus numerosos discípulos. San Macario se retiró al desierto de Sethé; San Antonio al de Nitri; San Serapio

á las soledades de Arsinoe y de Memphis; San Hilarión á la Palestina, fuentes abundantes de una innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.

La iglesia, como una madre sobrado fecunda empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. Habiendo cesado las persecuciones, el fervor y la fé disminuyeron en el reposo; pero, sin embargo, Dios que quería perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí las diferentes órdenes monásticas, creadas bajo la dirección de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los estados y los imperios con sus oraciones; columnas que sostenían la bóveda de la Iglesia; penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios; estrellas resplandecientes que llenaban de luz al mundo. Los conventos y los peñascos son su morada, se encierran en las montañas como entre murallas inaccesibles: se hacen iglesias de todos los sitios donde se encuentran; descansan en la cima de las colinas como palomas; se sostienen como águilas en la cumbre de los riscos; su muerte no es ni menos feliz ni menos admirable que su vida como refiere San Efrén. No tienen ningún cuidado de labrarse sepulturas; están crucificados para el mundo: muchos, atados como en la punta de las rocas escarpadas, han entregado voluntariamente sus almas en manos de Dios; los hay que paseándose con su sencillez ordinaria, murieron en los montes que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han expirado en el esfuerzo de su voz, habiendo terminado su oración, y cerrado su boca la muerte sola. Esperan á que la voz del arcángel les despierte de su sueño: entonces florecerán de



nuevo como lirios de una blancura, de un brillo y de una hermosura infinita."

En el Noviciado de Guadalupe al entrar, lo primero que se veía era estas palabras de Jeremías, escritas sobre la puerta del claustro: *Sedebit solitarius et tacebit.*

La iglesia solo tiene de notable la santidad del lugar; está construida de un modo tosco y muy particular, que no deja de tener algo de augusto y de divino; el remate del lado del coro parece representar la gruta de Alberna.

Lo que sí es digno de consideración es el modo como celebran los divinos oficios estos religiosos; pues se les vé cantar las alabanzas del Señor con voz firme y tono grave. Nada conmueve más el corazón ni eleva más el espíritu que oírlos en maitines. Como su iglesia solo está iluminada por una lámpara suspendida delante del altar mayor, la oscuridad, unida al silencio de la noche, hace que el alma se empape de aquella sagrada unción derramada en todos los salmos. Yá estén sentados, ya de pié, ora se arrodillen, ora se prosternen, lo hacen con una humildad tan profunda, que bien se vé que la sumisión de su espíritu es todavía mayor que la de su cuerpo. En sus constituciones nos parece leer un fragmento de las *Doce tablas*, ó la consigna de un campamento de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones dictadas por Margil.

"Los religiosos se levantarán á las doce para ir á maitines; el espacio entre las campanadas será muy breve, para quitar la ocasión á la pereza. Observarán la mayor modestia en la Iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones; estarán descubiertos desde el principio de maitines hasta el primer salmo.

"En el dormitorio no se volverá nunca la cabeza y andarán con gravedad: nunca entrarán á las celdas de otros; dormirán sobre una piel; la almohada será de paja y la cama una simple tarima. En la obscuridad de

sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel genio elevado que adivinó á los nueve años las bellezas de Anaereonte, abrazó á la edad del placer austeridades que asombran nuestra debilidad."

"En el refectorio se observará el mayor aseo; los hermanos tendrán siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comen. Siguen algunas prevenciones sobre el uso del cuchillo y del tenedor, que parecen hechas para niños: el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

"Luego que la campana anuncie la hora del trabajo todos los religiosos y novicios acudirán al locutorio; de allí se dirigirán al trabajo con gran compostura y recogimiento interior, considerándole como la primera pena del pecado.

"En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque no frecuentado por los seglares: dos veces por semana se tendrá el capítulo de culpas: antes de acusarse se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior *¿quid dicitis?* cada cual responderá en voz bastante baja: *Culpas meas.*

"En la enfermería el enfermo no se quejará nunca; porque un enfermo nunca debe tener ante los ojos más que la imagen de la muerte, ni nada debe causarle tanto cuidado como el vivir."

A estas constituciones agrega Margil algunos reglamentos que empiezan con este preliminar: "No cumpliré lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mí mismo, si desatendiere en mi conducta algo de lo que puede haceros dignos de la eternidad."

Después vienen las instrucciones generales.

"Los hermanos no se quedarán nunca solos en ningún sitio obscuro," dice Margil. Y sin embargo, sin



advertirlo, ponía al hombre solo enfrente de sus pasiones.

Las prevenciones acerca de los extranjeros son muy tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes se veían advertencias escritas. Si moría algún pariente cercano, como el padre ó la madre de algún religioso, el Maestro de novicios le recomendaba al capítulo sin nombrarle, de suerte que cada cual se interesaba por él como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud ni distracción al hermano que había experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Se establece el modo de tocar la campana según las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexión*; el *Magnificat* debe entonarse con más gravedad que los salmos; aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve Regina*; aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

Por medio de estos reglamentos puso Margil en ejecución sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía sino para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar al que no duerme: Margil quería que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Cuando el Maestro descubría que algún religioso ó novicio padecía dolores que no se manifestaban con ninguna señal aparente, le dedicaba un cuidado particular. No obraba milagros; no hacía oír á los sordos y ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma, y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles.

Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenobita, ponía todo su conato en seguir en

ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les volvía la paz del alma. Algunos religiosos que nunca le habían conocido en vida, hallaron más adelante en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba. Dios guarda los huesos de sus siervos.

La hospitalidad cambió de naturaleza haciéndose puramente evangélica: nunca se preguntaba á los extranjeros quiénes eran, ni de dónde venían: desconocidos entraban en el hospicio, y desconocidos salían de él bastándoles ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El fraile ayunaba mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; no había común entre ellos más que el silencio. La comunidad mantenía por semana hasta 1500 necesitados, y estaba persuadida de que sus frailes no tenían derecho á las limosnas del convento sino en calidad de pobres. Asistíase á varios enfermos vergonzantes y familias indigentes: había establecidos en el interior del convento, talleres de trabajo y escuelas para niños pobres: los males á que se exponían los religiosos en las misiones no les parecían más que padecimientos naturales que llamaban la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fué la reforma, que el colegio así consagrado al arrepentimiento pudo considerarse como una tierra de olvido.

Esta educación produjo unos efectos que solo se notan en la historia de los padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado oyó una campana hacía las doce de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la portería. Era obscura la noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una sola palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo creía oír las misteriosas evoluciones.

En el refectorio, los religiosos seguían á los que iban delante, sin curarse de donde iban. Lo mismo sucedía para el trabajo: no veían más que las pisadas de



los que les precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó una vez los ojos del suelo: no conocía ni aun el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente le tenfa al lado.

Al sonido de una campana todas las puertas del claustro se abrían con una especie de dulzura y de respeto: ancianos encanecidos y serenos, hombres pro vectos ya aunque jóvenes, mancebos en quienes la penitencia en pocos años dejaba un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida a parecían juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenobitas era pobre, bastante capaz para contener un tablón, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas estampas devotas formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aun allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendíanle vestido con sus hábitos y cubierto de flores bajo el pavimento del coro, y mezclábase su polvo con el polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y sus descendientes del claustro conmovían aún lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han erigido; moradas casi divinas se han consagrado á Dios; pero el arte y el corazón del hombre en nada fueron tan lejos como en la creación del monasterio.

Cuando se promulgó el decreto de exclaustación, los frailes dejaron el monasterio; cada novicio y algún corista llevaban á cuestas su morral, su hábito y un pedazo de pan; el decreto inexorable prohibía extraer cualquiera otro objeto. Detúvose la colonia en Guanajuato, donde fué recibida por la moribunda hospitalidad de los religiosos de S. Diego, y pronto tuvo que alejarse; el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los verdaderos alborotadores del orden

público. En Salamanca los agustinos de Michoacán, prontos á disolverse, recibieron á los guadalupanos; en Querétaro los claustros de Linaz ejercieron su último acto de caridad con los hijos de Margil. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso, los reanimaba; bendecían la casa del Señor recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las sábanas de la Florida. En un campamento enemigo, el grupo de religiosos desterrados fué mirado con compasión por nuestros soldados, que no registraron ni detuvieron á aquellos mendigos. Antes de penetrar en el hermoso valle de México, los desterrados se dieron un abrazo de caridad, felicitándose de haber llegado hasta allí en brazos de la Providencia. A una legua de una antigua parroquia, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz, y recibieron en la orilla del río al cura de Tula, que salía á su encuentro.

En México se albergaron en el grandioso quanto infortunado claustro de S. Fernando. En aquella época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto ruido, la fama de los religiosos de Guadalupe se extendió por fuera: los ricos y los poderosos hufan, y no atraían á nadie en su seguimiento, mientras de todas partes se acudía para alistarse en el número de los frailes refugiados. Llenos de aspirantes trataron de establecer colonias en Tepozotlán y en Cholula, bien así como una colmena esparce en derredor sus enjambres: pero la revolución, que andaba más aprisa que la religión perseguida y fugitiva, alcanzó á los guadalupanos en sus nuevos retiros, obligados definitivamente á separarse, hasta que faltándoles el suelo patrio, arrojados de ciudad en ciudad, pasaron la frontera del Norte, llegando hasta S. Luis Rey á las ruinas de un monasterio abandonado, en el que apenas hallaron donde guarecerse, y en un país donde una política fría é indiferente parece decirles cuando



menos: "allí podrán refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo."

"Diráse quizás que no existiendo ya entre nosotros las causas que originaron la vida monástica, los conventos se habian convertido en retiros inútiles. ¿Y cuándo cesaron estas causas? ¿Ya no hay huérfanos, enfermos, pobres, viajeros ni desgraciados? ¡Ah! cuándo pasaron los males de los siglos bárbaros, la sociedad, tan diestra en atormentar las almas, y tan ingeniosa en duplicar el dolor, abrió las puertas á otras mil adversidades, que nos arrojan á la soledad! ¡Cuántas pasiones engañosas, cuántos sentimientos falsos, cuántos amargos disgustos nos destierran todos los días del mundo! Hermosas eran esas casas religiosas, donde hallábamos un asilo seguro contra los golpes de la fortuna y contra las tempestades de nuestro propio corazón.

"¿Ocurría un suceso capaz de quebrantar el alma, había una comisión de que los hombres enemigos de las lágrimas no osasen encargarse por miedo de comprometer sus placeres? pues á los hijos del claustro se confiaba, y principalmente á los padres de la orden de San Francisco, suponiendo que unos hombres que se habían consagrado á la miseria, debían ser naturalmente los heraldos del infortunio. El uno se veía obligado á comunicar á una familia la noticia de la pérdida de su fortuna; el otro la muerte de un hijo único; el gran Bourdaloue llenó por sí tan triste deber: presentábase silencioso en la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y retirábase mudo como la muerte, de que era intérprete.

¿Creerá alguno que ocasionase muchos placeres, hablo de los placeres que ama el mundo: creerá alguno que fuese muy dulce para un fraile de los Menores, para un misionero franciscano, el ir á las cárceles á anunciar la sentencia de muerte á un criminal, escucharle, consolarle, y tener durante días enteros el alma

traspasada con unas escenas que rasgan las entrañas? Hemos visto en estos actos de caridad caer á raudales el sudor de la frente de los compasivos religiosos, y bañar la capilla siempre sagrada, á despecho de los sarcasmos de la filosofía; y sin embargo, ¿qué honor, qué utilidad resultaba á los frailes de tantos sacrificios sino la burla del mundo y las injurias de los mismos reos á quienes consolaban? Pero al menos los hombres, por ingratos que sean, habían confesado su nulidad en estos grandes contratiempos de la vida, pues que los habían abandonado á la religión, único y verdadero puerto en el último termino del infortunio. ¡Oh apóstoles de Jesucristo, de cuántas catástrofes no habéis sido testigos, vosotros que al lado del verdugo no temeis salpicaros con la sangre de los infelices para prestarles el último apoyo! Este es uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso, véñse la una en presencia de la otra las dos justicias, la justicia humana y la justicia divina: la una implacable y apoyada en la espada, tiene á su lado la desesperación; la otra cubierta con un velo empapado en llanto, muéstrase rodeada de la esperanza y de la piedad: el ministro de la una es un hombre de sangre, el de la otra un hombre de paz: el uno condena, el otro obsuelve; inocente ó culpable, el primero dice á la víctima: "¡Muere!" el segundo le grita; "¡Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo!*"





## El Alabado,

*Según y como lo cantaba á los campesinos  
el Venerable Padre Margil.*

Alabado y ensalzado  
Sea el divino Sacramento  
En quién Dios oculto asiste  
De las almas el sustento.

Y la limpia Concepción  
De la Reina de los cielos;  
Que, quedando virgen pura,  
Es Madre del verbo eterno.

Y el glorioso San José  
Electo por Dios inmenso  
Para padre estimativo.  
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos  
Y de los siglos. Amén.  
Amén Jesús y María;  
Jesús, María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!  
Yo te doy mi corazón,  
Para que estampes en él  
Tu santísima pasión.

\* Madre llena de dolor,  
Haced que cuando expiremos  
Nuestras almas entregumos  
Por tus manos al Señor.

Quién á Dios quiera seguir  
Y á su gloria quiera entrar  
Una cosa ha de asentar  
Y de corazón decir:  
"Morir, antes que pecar;  
Antes que pecar, morir."

## MI CLAUSTRO!

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!  
Dulces entonces cuando Dios quería  
Juntas estais en la memoria mía  
GARCILASO

A paso lento y sumergida el alma  
En cruel melancolia,  
Recorramos ¡oh Delio! estos lugares  
Dó sus cristianos lares  
Alzaron nuestros padres en un día.  
Mira el templo; vé el claustro; allí está el coro;  
Más allá estuvo el huerto:  
¡Ay! ¡Cuán triste está todo! ¡Cuán desierto! . . . . .  
¡Delio! tu amargo lloro  
Ven á mezclar al llanto que yo vierto.

\* \* \*  
Esas calladas, elocuentes ruinas.  
En el recinto santo,  
¡Cuántas veces oyeron el gemido  
Que en su duro quebranto  
Vino á exhalar el pecho adolorido!  
Esos sepulcros tristes, olvidados.  
Sarcófagos sagrados  
De los que fueran de virtud ejemplos;  
Esas columnas casi derribadas  
Y estatuas mutiladas,  
Con tantos ¡ay! fragmentos lastimosos  
Robados sin piedad por los curiosos,  
El paso destructor de raza impia  
En su mudo pavor van pregonando;  
Y el exclaustro pobre y desvalido  
Suspira, al verlos, de dolor transido.

\* \* \*  
Aquí la celda está do el cenóbita  
Habitó en dulce paz; de aquí su mente  
En oración ferviente  
Volaba al cielo en éxtasis divino.  
Aqueste fué el altar que de continuo  
Regaba con su llanto.



Esas paredes, ora ennegrecidas,  
 (Cual de luto vestidas),  
 Presenciaron lo austero y penitente  
 De su vida inocente.  
 De la piedad la mano allí colgadas  
 Las reliquias sagradas  
 De algún mártir cristiano mantenla  
 O la adorable efigie de María:  
 Mas hoy ¡oh duro cambio! ¡oh cruda suerte!  
 La infanda obscenidad ó la blasfemia  
 Mote desvergonzado  
 En ellas ha trazado  
 Con sacrilego afán, con torpe empeño.  
 ¡Y tanta santidad solo fué un sueño!.....

\*\*\*

¡Cual mirábanse allá en bosques y prados  
 Larguissimas hileras de cipreses  
 Y de árboles copados  
 Fresca sombra á prestar aparejados!  
 En sitios ¡ay! tan gratos otras veces,  
 Ora tan devastadas lobregueces,  
 El joven religioso,  
 En recreo afanoso,  
 Efímero y fugaz, embebecido  
 Cogía gayas flores  
 Para tejer guirnaldas  
 De nardos y de gualdas  
 Al nitido ideal de sus amores.  
 A veces fatigado,  
 Orillas de una alberca recostado,  
 La flauta en dulce son, tañer solía  
 Arrancándole notas celestiales,  
 Que en los cañaverales  
 El eco repetía  
 Redoblando tan grata melodía.  
 Hoy el sordo gemido de los vientos  
 Zumbando en los zarzales  
 Parece el precursor de nuestros males.

\*\*\*

¡Veis aquella pared desmantelada  
 Y aquella vasta cóncava techumbre

Sostenida por altos capiteles,  
 Que, cediendo á la inmensa pesadumbre  
 A desplomarse van? fué el Noviciado;  
 De virtudes ayer modesta cuna,  
 Hoy, por fuerza del hado,  
 Del ateísmo y la impiedad tribuna.  
 Y aquí, donde la planta del profano  
 Con menosprecio insano  
 Cruza en todos sentidos y atraviesa,  
 Aquí es la humilde huesa  
 Que encubre cuanto fuera en lo pasado.  
 Gloria á la Religión, lustre al Estado.  
 Hoy acaso sus sombras venerables  
 Contemplan tal estrago  
 Y al tibio rayo de la luna umbría  
 Giran en torno de su tumba fría.

\*\*\*

¡Oh claustro! ¡oh bello Edén! ¡oh dulce nido!  
 ¡Oh feliz cautiverio! ¡Oh desdichado  
 Aquel que no suspira adolorido  
 Lejos de ti, mi albergue idolatrado!

Santa melancolía  
 Vierte tu soledad y todavía  
 Repite entre su lúgubre quejido  
 El nombre de Margil esclarecido.  
 Si en alas de los vientos  
 Se oye sonar su nombre bendecido,  
 El eco le repite entre lamentos.  
 Si en su destino bárbaro, angustioso,  
 "¡Margil!" clama doliente el religioso,  
 Al dejar para siempre aquel seguro  
 Puerto de salvación abandonado,  
 El ángulo apartado  
 De dormitorio obscuro  
 Y el antro pavoroso  
 Y el insensible muro  
 Repercuten el nombre venerado.  
 Y Margil, entre tanto, glorioso  
 Reputando dichoso  
 Al que en la tierra gime en desconsuelo,  
 A sus hijos bendice desde el cielo.

Guadalupe, 1867.—F. A. Tiscareño